



CARAS BONITAS

SUMARIO

- JOSE MOREIRA
Sección vermouth.
- F. DE LA ESCALERA
[La mujer de «Judas».
- JOSÉ PABLO RIVAS
Gozo de amor.
- VICENTE VEGA
Cosas de don Cristino.
- GUY DE MAUPASSANT
Una imprudencia.
- MIGUEL ANGEL CALVO
Carta de mujer.
- JOSÉ MARÍA PORTELA
Sofía y su pájaro.
- MARQUÉS PREMIO REAL
Mis nocturnos.
- LUIS GUILALTE
Rima.
- N. HERNANDEZ LUQUERO
Colofón.
- TOVAR, PACO MATEOS
y TINO
- Varios dibujos y retrato de
Paquita Escribano.

PAQUITA

ESCRIBANO



5 cénts.

La única «estrella» del firmamento de las cupletistas. Guapa, inteligente y con una voz estupenda. Ahora actúa en el Salón Llorens, de Sevilla. Sin la Escribano, no habrá en Madrid teatro de «varietés» que pueda llamarse tal.

SECCION VERONICA

Ya empezaron los cuernos.

El pasado domingo, domingo de Resurrección, se inauguró la temporada taurina, y, á juzgar por el entusiasmo que han demostrado los aficionados acudiendo al abono como moscas á la miel, la fiesta nacional, lejos de desaparecer, tiende al más alarmante de los desarrollos.

Una taurófila amiga mía, metidita en carnes, con cada ojo como un duro de grande y hermoso, y con una boca... *bocato di cardinale*, está entusiasmada con el cartel, y sólo vive y únicamente habla, y por nada más se interesa, que por las cosas de Belmonte, Vicente Pastor y los Gallos. En su delirio, encuentra que es una fototipia el madrileño del ascensor, y jura por las cenizas de sus antepasados, que

CASA CON DOS PUERTAS...



—¿Has «deja» la puerta abierta, Anacleto?

—Yo, no; la que la ha dejado, eres tú.

eso de llamarle desgarbado á Belmonte, es una infamia intolerable.

No hace mucho tiempo, un pintor religioso, pariente suyo, dijo que le había emocionado la Verónica que se venera en San Pedro, de Roma; por poco ocurre una catástrofe, y la endiablada señora aseguró que las verónicas más emocionantes eran las de Juan Belmonte.

Y en la mesa, y en el paseo, y en las reuniones y en el teatro, charla de toros sin perdonar detalle ni omitir particularidad alguna referente á diestros y cornúpetos.

Su esposo, hombre pacientísimo y predestinado —se llama Marcos de Toro—, está desesperado de su suerte, porque en lugar de marido de una mujer, se cree unido indisolublemente al *Chiclanero*.

Su biblioteca, que antes enriquecían libros interesantísimos de nuestros clásicos, es al presente una biblioteca exclusivamente taurina, y en los lomos de sus volúmenes sólo se leen los nombres de *Recortes*, *Dulzuras*, *Vázquez*, *Fernández Heredia*, *Paco Pica-Poco*, *Tío Jindama*, *Don Modesto*.

Y lo mismo ocurre con los muebles, todos ellos adornados con alegorías taurinas, é igual acontece con la hija fruto de su matrimonio, á quien doña Filomena Bravo, esposa de don Marcos, se empeñó en que habían de bautizarla con el nombre de Lidia, porque encontraba muy gracioso y castizo el que la niña, que por cierto es de las que toman varas, se llamase Lidia de Toro Bravo.

¡Pobre don Marcos! Para él no hay salvación posible, pues su señora, que á las advertencias dice avisos, asegura que al tercero que reciba el desventurado de Marcos, irá al corral con los mausos.

Además, los compañeros de oficina disimulan maliciosas sonrisas y se hacen guiños picarescos cuando el airibulado varón afirma, compungido:

—¡Estoy harto de cuernos!

José MOREIRA.

LA MUJER DE "JUDAS,,

PERSPICACIA

Hay mujeres que observan tan rigurosamente los preceptos del honor, que hasta llegan á resultar ridículos sus refinamientos de virtud. La especial preocupación consiste en guardar las formas, en cubrir las apariencias: observando el asunto á través de su gramática parda, consideran que, para aparecer honrada ante la sociedad, no basta serlo, sino que es menester aparentarlo. Y escudadas en esta estrambótica apreciación de lo que es la virtud, se mantienen años y años libres del contacto pecaminoso del hombre, aunque no por eso impecable; porque dentro del misterio de la alcoba, nunca falta un objeto, un pensamiento, un sueño que las manche; la voluptuosidad de un solloquio puede, á veces, ser tan ardiente ó más que las voluptuosidades de una orgía desenfrenada; que es fama que allá, en los tiempos mitológicos —según reza el libro de las fábulas religiosas—, nunca tuvo Afrodita envidia de Falo.

II

Desde que llegó á su castillo de Loria la señorita Evangelina Díaz Merritz, á raíz de la muerte de su padre, rico señor y amo de muchas de las fincas del contorno, empezó á llamar la atención. Era deslumbradora por lo bella, religiosamente buena, é inmaculada como la Concepción. Muchos de los hombres que tuvieron ocasión de conocerla, quedaron enamorados en absoluto. Y como entre los adoradores había hombres osados, tenaces, intrépidos, ingeniosos, fueron muchas las celadas que se la tendieron para rendirla y hacerla caer, por buenas ó por malas, en la red de besos del amor, en la red de abrazos del pecado. Pero todo fué inútil. Evangelina resultaba invencible, escéptica; sabía pura y victoriosa siempre. Ni se la llegó á conocer un novio, ni una preferencia, ni un detalle que pudiese hacer dudosa su virtud. No tenía más amor que el de su perrito *Judas*, lindo ratonero, lustroso y diabolino, como todos los de su raza.

Y salía de paseo por el campo llevando á *Judas* en el brazo, envuelto graciosamente en una manta de color de perla, que le colgaba como una túnica.

Dicho se está que la caprichosa señorita de Díaz Merritz, no se apartaba nunca del perro; ni por la mañana, ni por la tarde...

Ni por la noche.



—Me das la lata con el pantalón. Menos mal que siendo por este sitio, estoy trauculla.

—Ya sé por qué: porque con la americana, no se me ve el zurcido.

III

Había un forastero en Loria que estaba verdaderamente loco por Evangelina. Se hizo presentar en el castillo, y declaró su amor á la deliciosa huérfana. No obtuvo nada más que una amistad predilecta:

—Otra cosa, Carlos, no...

—¿Por qué?

—No estuve enamorada nunca, ni lo estaré; ¿para qué el amor?... No lo necesito; no sé lo que es... ¡Yo lo niego!... Eso es un capricho, un apetito que pasa; nada más... Y yo lo siento; pero...

—¿Qué?

—Que yo no estoy para satisfacer caprichos.

Fué inútil que Carlos agotase su apasionada elocuencia para hacerla compren-

der la firmeza de su amor. Evangelina se cerró á la banda.

—Ea, no quiero; no. No insista usted... Yo no tengo más cariño, yo, pobre huérfana, que mi perrito *Judas*. Mire usted, ¡es tan mono!...

Lo cogió en sus brazos la joven y empezó á darle besos en las orejas, en la frente.

Carlos, cuando aquella mañana salió del castillo, sentía un odio mortal hacia el perro. Y juró vengarse.

IV

VICIOS PEQUEÑOS



—En lo que no te quites el vicio de fumar, no nos casaremos.

—¡Pero, chica, si cada día me comprimo más! Ya ves, anoche me puse á fumar, y á las dos chupadas me quedé dormido.

Evangelina suspira...

Evangelina está triste...

Tiene los ojos enrojecidos por el llanto, la tez pálida por el insomnio.

Porque el perro, su divino *Judas*, apareció la mañana anterior hinchado como un pellejo de vino y tieso como un garrote, detrás de la verja del jardín.

V

—Observa, Luis: allí viene, arrebatadora y bella como siempre, luciendo, como una orla de nieve, su vestido blanco...

—Es verdad. Parece la gloria que desfila... ¡Mira, Carlos: va triste y lleva una gasa de luto al brazo!...

F. DE LA ESCALERA

Gozo de amar.

La mañana es clara, clara y despejada como la ronrisa de una desposada; la tierra, parece que está enamorada, por el sol su amante toda iluminada. Está verde el campo, verde la enramada, y rojos los labios de mi niña amada.

¡Repicad, campanas!
¡Repicad, campanas!

Vuestro son alegre
lo siento en el alma.
¿Qué júbilo es este?
¿Qué ardiente alborada
del que el alma toda
llevo iluminada?
Lo bebi en sus labios
como la granada.
Lo bebi en su boca,
bella y perfumada.
Me falta un caballo,
me falta una espada,
y me falta un reino
para mi adorada.

¡Repicad, campanas!
¡Repicad, campanas!
Vuestro son alegre
lo siento en el alma.

¡Ay! pero á menudo
siento una punzada
de una aguda espina
que llevo clavada
en el alma, fiera,
toda atravesada.
¡Ay memoria mía,
no recuerdes nada,
que ahí están los labios
de tu enamorada!

¡Repicad, campanas!
¡Repicad, campanas!
Vuestro son alegre
lo siento en el alma.

José PABLO RIVAS

de balcón á balcón, hubo unas palabritas
muy dulces y acarameladas por ambas
partes; pero cuando don Cristino intentó
propararse de palabra, la encantadora ve-
cina se retiró del balcón, cerrando con es-
trépito las vidrieras.

LUGARES COMUNES



—¡Qué desesperadas deben estar las que no tienen un perro chico!

COSAS DE DON CRISTINO

Echó calle arriba el bueno de don Cristino, el sombrero inclinado picarescamente sobre la oreja, el bastón bajo el brazo á modo de pica ó lanza, y refocilándose con la próxima y á su ver fácil conquista.

Era ésta una monada de chiquilla: veinte años, morenucha, ojillos negros, pelo castaño, labios muy rojos, dientes muy blancos y un cuerpo retrechero; vivía sola, y, al parecer, se mantenía de la confección de flores artificiales, labor que la ocupaba todo el día y, á veces, buena parte de la noche.

Un débil tabique separaba su habitación de la de don Cristino, solterón sempiterno, con veinticinco años... en cada pier-na. Hacia una temporada que el viejo comenzó á hacer guiños á la niña, y la niña á sonreír cuando ésto sucedía. Una tarde,

¡Pero bueno era don Cristino para retroceder en estas aventuras! Todo era cuestión de paciencia. Había, eso sí, que buscar un medio... un medio para *colarse* bonitamente en el nido de Lolilla, que tal era el nombre de la coquetuela vecina.

Y pensando, pensando, recordó que en la tarde aquella del paliqúe, dijole Lolita del miedo que hacia los ratones sentía y de los gritos que involuntariamente lanzaba cuando alguno de aquellos roedores aparecía en su cuarto.

Y don Cristino... Veréis lo que ideó el muy pillín: adquirió, ignoro cómo, un ratoncillo gris, y durante dos ó tres días, le estuvo alimentando con tocino, queso de Rochefort y otras golosinas. Mientras, con precaución, y aprovechando las ausencias de la florista, hizo un agujero en la parte baja del tabique divisorio, y una noche introdujo por allí al ratoncillo.

Al cabo de un rato, se dejó oír la voz angustiosa de Lola pidiendo socorro, al propio tiempo que daba fuertes y repetidos golpes en el tabique perforado, en demanda de auxilio. Con toda la velocidad posi-

ble en un cincuentón enamorado, lanzóse don Cristino contra la puerta de su vecina, logrando que al fin cediera, la puerta, no la vecina, á sus reiterados esfuerzos. El ratón escapó por entre las piernas de don Cristino, y éste encontró á Lolita en medio de la sala, pálida y temblorosa.

Tras de calmarla con tranquilizadoras palabras, adoptó don Cristino una postura gallarda, y habló así á su vecina: «Encantadora vecinita, su cuerpo de veinte abri-les ha trastornado mi corazón de treinta... y cinco octubres, y, si usted quiere, yo la daré un medio para evitar estos sustos é intranquilidades.» (El párrafo había sido convenientemente ensayado.)

Lola le miró con un poco de sorpresa y desconfianza.

—¿Y cuál es ese medio?

—Admitir la compañía de un amigo sincero y discreto, que la ayude á usted á combatir todos los ratones del universo...

Ella le miró de nuevo, y, señalándole la puerta, dijo:

—Lo consultaré con la almohada, y mañana le daré á usted la contestación.

—¿Y por qué no ahora mismo, Lolita?

—No; mañana, mañana —insistió— se lo diré por el balcón.

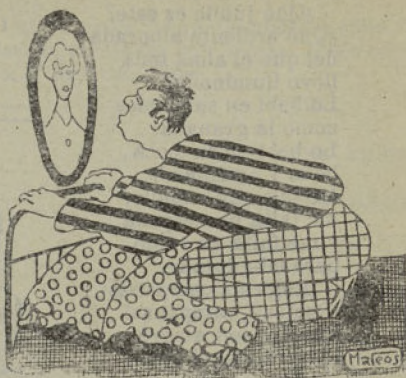
COGIDO AL VUELO



—Oye, Casi: ese duro que me has dado, es falso.

—¿Pues no me has dicho que si tenía un duro del que no supiese qué hacer, te lo diese?

NOCHES DE INSOMNIO



—¡Pero por qué te tendré yo aquí encima! ¡Si yo no quiero tenerte encima!

—¡Pan comido! —exclamaba don Cristino al volver á su cuarto. Estas obrerillas no pueden resistir mucho tiempo las asiduidades de un hombre como yo. ¡Eh!... Mañana me da un sí más grande que una casa, ¡y á gozar de la vida!

—Vecino —le dijo á la mañana siguiente Lola—, me decido por lo que usted me dijo, y voy á buscar un compañero.

—¿Y adónde va usted á buscarlos? —preguntó don Cristino, hecho «unas mieles».

—¡Oh! No muy lejos de aquí.

—¿En el barrio?

—En esta misma casa. Dices que es muy bueno; parece muy cariñoso... un poco loco, quizá; pero yo le hare entrar en razón.

—¿Y cuándo lo recibirá usted?

—Esta tarde.

Y Lola saludó y desapareció con una sonrisa enigmática sobre su lindo rostro. Ya no había que dudar: la bella florista se decidía por «sus hechuras».

Llegó la tarde, y don Cristino, que había adquirido otro ratón (éste era blanco), lo metió por el agujero *ad hoc*, y esperó á que un chillido de espanto justificase su entrada en el cuarto de Lola. (Don Cristino, como pueden ir viendo, era un hombre muy correcto.) Pero pasaba el tiempo, nadie chillaba, y, sin embargo, se oía á Lola trajar en su habitación.

—Sin duda ha descubierto la trampa, y disimula —decía don Cristino—; y lo malo es que debe estar impaciente por verme... Ea, siempre es el sexo fuerte quien ha de dar el primer paso. Vamos allá—y atrave-

sando la meseta de la escalera, dió dos golpecitos sobre la puerta.

Lola se presentó ante él, tranquila y sonriente.

—¡Hola, pequeñal — exclamó con un poco de fatuidad en la mirada y de suficiencia en la voz—. ¿Y ese protector?...

—Ya ha venido... está aquí —dijo ella, guiñando los ojos con picardía.

—¿Y quién en ese feliz mortal? —repuso don Cristino, completamente derretido.

—¡Oh! No es ningún secreto —respondió Lola—. Mire á mi joven compañero...

Y, entreabriendo la puerta de la cocina, le mostró un soberbio gatazo de Angora que tenía un ratoncillo blanco bajo una de sus patas, procurando de esta manera á la joven y bella florista *la calma apetecida*.

¡Cosas de don Cristino!

VICENTE VEGA

COSAS DE LA VIDA



Cómo cogen las cosas las que no lo hacen por primera vez.

¿Ha leído usted la interesante

“CHARLA TAURINA,”
de DON MODESTO? Sólo cuesta ¡20 céntimos!

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

Una imprudencia. Antes del matrimonio se amaron casta y platónicamente. Se habían visto por primera vez en una encantadora playa del Océano.

El había encontrado deliciosa aquella niña que veía pasar con sus sombrillas claras y sus trajes ligeros y frescos sobre el gran horizonte marino. Y se había enamorado de aquella encantadora muchacha rubia y lánguida, en medio de aquel cuadro de olas azules y de inmenso cielo.

Ella le había amado porque era joven, gallardo, rico, elegante, y la había hecho la corte. Le había amado, porque es muy natural que las muchachas amen á los hombres jóvenes y guapos que las dicen palabras tiernas.

Y durante tres meses habían vivido uno al lado del otro, cruzando á todas horas sus miradas y juntando á cada instante

sus manos. El saludo que se hacían por la mañana, antes del baño, y la despedida que cambiaban después del baile, en la playa, bajo el cielo estrellado y acariciados por el aire templado de la noche en calma, tenían ya un cierto sabor á besos, delicioso, embriagador, á pesar de que sus labios no se habían encontrado todavía.

Después del matrimonio se habían adorado cuanto es posible adorarse sobre la tierra. Al principio, el amor fué una especie de rabia sensual é infatigable; después, una ternura exaltada, formada de poesía palpable, de caricias ya refinadas, de locuras y de carichos que siempre conducían al mismo fin. Todas sus miradas significaban algo impuro, y todos sus gestos les recordaban las ardientes intimidades de sus noches.

Ahora, sin confiárselo, sin darse de ello cuenta, tal vez, comenzaban á hastiarse uno del otro. Seguían queriéndose, sin embargo; pero ya no tenían nada que revelarse, nada que hacer ó que disfrutar que no hubieran hecho ó disfrutado muchas veces; nada que aprender uno del otro, ni siquiera una nueva palabra de cariño, un impulso imprevisto, una entonación que hiciese más ardiente el verbo conocido y con tanta frecuencia repetido.

Una mañana, Enriqueta dijo á Pablo:

—¿Quieres llevarme á comer á un restaurant?

—Ya lo creo, hija mía.

—Pero á un restaurant muy conocido.

—Donde tú quieras.

Y la miró con curiosidad, comprendiendo que su mujer pensaba en algo que no se atrevía á decir.

Ella repuso:

—¿Sabes tú? en un restaurant... no sé cómo explicarte... en un restaurant galante... de esos donde se dan citas de amor.

Pablo sonrió:

—Sí, ya te comprendo; en un gabinete particular de un gran café, ¿no es eso?

—Sí, sí; precisamente. Yo quisiera que me tomaran por tu querida... y que los mozos que no saben que te has casado, me miren como á tu querida, y tú también... que me creas tu querida... durante una hora, en ese sitio donde tú debes tener

CHIQUILLADAS



—Pero, chico, ponte la gorra.

—¡Querrá usted decir que me la quite!

LAS ENAMORADAS



Ella. — ¿Cuántas veces quieres que te bese? Mira, el que primero diga basta, le paga un collar de perlas al otro, ¿quieres?

recuerdos... ¿Sabes?... Y yo misma me haré la ilusión de que soy tu querida... Comeré una falta enorme... Te engañaré... contigo mismo... ¿eh? ¿comprendes?... Ya sé que eso no está bien... pero yo quisiera que lo hiciésemos.

A las siete de aquella tarde subían cogidos del brazo la escalera de un gran café del boulevard; él, sonriente, con aire de conquistador; ella, tímida y encantada, bajo un tupido velo que cubría su carita. Apenas fueron introducidos en un gabinete amueblado con cuatro butacas y un ancho diván de terciopelo encarnado, el mozo, correctamente vestido de frac, entró y les presentó la lista. Pablo se la enseñó a su mujer:

— ¿Qué quieres comer?

— Yo... no sé... lo que se coma aquí.

Pablo leyó la letanía de platos mientras se quitaba el abrigo, que puso en manos del mozo. Después dijo:

— Menú delicado: sopa de tortuga, pollo á la diable, pastel de liebre, langosta á la americana, ensalada de legumbres bien

picantes, y postres. Traiganos también pikles y mariscos. Beberemos *Champagne*.

El mozo sonrió mirando discretamente á Enriqueta. Tomó la lista y le preguntó:

— ¿El señorito Pablo quiere tisana, ó *Champagne*?

— *Champagne* muy seco.

Enriqueta era dichosa en aquel momento, oyendo que aquel hombre sabía el nombre de su marido.

Se sentaron juntos en el diván, y empezaron á comer.

Enriqueta bebía con frecuencia para animarse, á pesar de que se sentía aturdida desde los primeros tragos. Pablo, excitado por los recuerdos, besaba á cada momento las manos de su mujer.

A la mitad de la comida, Enriqueta estaba borracha, enteramente borracha, y Pablo, algo alegre también, le oprimía las rodillas con toda su fuerza.

— Vamos á ver, Pablo, confíesamelo; quiero saberlo todo.

— ¿Qué quieres saber, niña mía?

— ¿Has tenido... muchas queridas... antes que yo?

GALANTERIAS



— Bien puede usted alabarse de haber hecho de mí un imbécil.

— De ningún modo. Renuncio á esa gloria, que corresponde por entero á los padres de usted.

- ¡Bah! ¡alguna que otra'...
 —¿Cuántas... poco más ó menos?...
 —¡No sé... hija mía!... Ha habido años en que he tenido muchas, otros en que he tenido menos...
 —¿Cuántas por año, di?
 —Una veces, veinte ó treinta; otras, cuatro ó cinco nada más...

¡ESTA CLARO!



- Vienen á preguntar, de parte del señor, que cómo está la señorita.
 —Tirada en el suelo, ¿no lo ves?

- ¡Oh! ¡pero eso hace más de cien mujeres en total!... ¡Qué asco!
 —¿Por qué?
 —¡Naturalmente! Pensar en todas esas mujeres... desnudas... y siempre lo mismo unas que otras... quita, quita; ¡cien mujeres... y todas tan sucias!
 —¡Cómo sucias! ¡Si son limpiísimas!
 —No pueden ser limpias con el oficio que tienen.
 —¡Al contrario, hija mía! Precisamente

es su mismo oficio el que les obliga á ser limpias.

—¡Bah! quita, quita; cuando se piensa en que la víspera han hecho lo mismo con otro... ¡es innoble!

—No es más innoble que beber en ese vaso donde ha bebido no sé quién esta mañana, y que no por eso deja de estar perfectamente lavado y fregado...

—Dime... ¿y tus queridas eran todas... mujerzuelas... las ciento?

—No, no.

—Entonces, ¿qué eran?

—Pues... actrices... modelistas; algunas, señoras...

—Cuántas señoras?

—Seis.

—¿Eran guapas?

—¡Vaya! ¡ya lo creo!

—¿Cuáles preferías: las señoras, ó las otras?

—Las otras.

—¡Oh! ¡qué sinvergüenza! ¿Y por qué?

—Porque no me gustan los talentos de *amateur*.

—¡Qué horror! Eres abominable. ¿De manera que lo que á tí te divertía, era pasar de una á otra?

—Precisamente, hija mía.

—¡Pero cómo es posible, Señor! ¿No se parecen todas?

—¡De ningún modo!

—¡Qué raro! ¿Y en qué se diferencian?

—Pues... en la manera de acariciar, de hablar, de decir las cosas más insignificantes...

—¡Ah! ¿Y es divertido cambiar, eh?

—¡Ya lo creo!

—Y los hombres, ¿son también diferentes unos

de otros?

—¡Ah, eso no lo sé!

—Deben ser diferentes...

—Sí... sin duda...

Enriqueta se quedó pensativa, con la copa de *Champagne* en la mano. Estaba llena, y la bebió de un trago; colocándola después sobre la mesa, echó los brazos al cuello de su marido y murmuró besándole:

—¡Ah, maridito mio, cuánto te quiero!..

Un mozo que entraba en aquel instante, retrocedió cerrando la puerta, y el servicio quedó interrumpido durante cinco minutos.

Cuando el criado apareció de nuevo trayendo los postres, Enriqueta tenía en su mano la copa llena de *Champagne* y miraba al fondo del líquido dorado y transparente, como si en él contemplase su porvenir.

Guy DE MAUPASSANT

Carta de mujer.

Y todo acabó ya, Luis de mi vida? No lo puedo creer, aunque tu carta, que he leído mil veces á través de espesas nubes de llanto, no me permite dudar más. ¡Te casas!... Ha de ser otra la que te haga feliz, la que extasie tus ojos, la que realice contigo el idilio de eterno amor que yo soñaba... ha de ser otra y no yo, ¡yo, que te quiero tanto, Luis mío!...

»En dos líneas, al final, me ruegas que no vuelva á escribirte, porque te haría sufrir: ¿No es eso tanto como decir que aún me quieres? Olvida, Luis, olvida; mi corazón, que nunca se engaña al hablarme de estas cosas, me dice que si el recuerdo de la misera abandonada llegara á alzarse un día entre tu mujer y tú, habías de ser muy desdichado: olvidame; yo le pido á Dios, con todo el fervor de mi alma, que derrame sobre ti... sobre *vosotros*... la felicidad á manos llenas... Pero ¡qué tonta soy! ¿pues no había llegado á figurarme que me quieres todavía? Se me ocurrió pensar que esas dos líneas últimas las habías trazado con violencia, de prisa, para acabar antes de que pudieras arrepentirte... No; no me quieres ya: tal vez no me has querido nunca.

»Ya que así lo deseas, mis cartas no llegarán á ti jamás; pero te escribiré, aunque haya de quemar luego estos renglones, vertiendo en el papel, mientras escribo, la amargura que rebosa mi pecho, y que terminaría por ahogarme si la encerrara en mi misma. Hallo un consuelo, bien triste, pero consuelo al fin, de esa manera; me parece que hablo contigo, que tú lo has de leer: alguien juzgaría quizá ridículo aferrarse de este modo á una ilusión... ¡me quedan ya tan pocas, Luis!...

»¿Por qué nuestro amor no ha sido eterno, como nosotros soñábamos, ó, mejor dicho, como tú me hacías soñar? Quiero

creer que no es tu olvido, sino la fatalidad, la que nos ha impedido ser dichosos!... ¡Si nuestras almas, igual que en otra época, volvieran á entenderse sin palabras; porque, como tú decías, vibraban juntas. Ven, Luis; vuelve á mi lado y háblame

CONFIDENCIALMENTE



- ¿Cuánto tiene el marqués, Blanquita?
- Poco.
- ¿Y el conde?
- Menos.
- Entonces no podréis hacer nada.

como entonces; yo guardo y guardaré siempre para ti aquel inmenso cariño tan vehemente y tan ciego que me hizo no dudar de tus promesas; sé querer demasiado para que pueda olvidar nunca, bien lo sabes, y cumpliré mis juramentos aunque va no te acuerdes de los tuyos.

»¡Qué dulces y qué rápidas transcurrían aquellas horas! Estando los dos juntos, menguaba cuanto no fuera nuestro amor, y, remontándonos á sublimes ideales, lo olvidábamos todo para no acordarnos más que de nosotros mismos y soñar con que rernos mucho y siempre... ¡Siempre! ¿Re-

cuerdas el alcance que para los dos tenía esa palabra? Significaba ser uno de otro toda la vida; unidos como entonces, sin separarnos jamás, ver asomarse el alma á nuestros ojos para leer en ella; y después, en esa otra vida que no acaba, ser uno de otro también, y, también juntos, vagar por las estrellas que, presenciaban nuestras horas de dicha... ¡Cuántas veces, elevando la mirada al cielo, pensamos en aquella existencia que nos atraía con su pureza y sublimidad! ¡Cuántas veces dijimos que el espacio sin límites era el santuario digno de nuestro amor, porque Dios nos contemplaba desde allí satisfecho al ver nuestro cariño!... No nos bastaba el mundo para encerrar pasión tan grande, ni la vida terrenal para querernos, y ansiábamos un más allá que no tuviera fin. Por eso en la quietud de la noche, cuando sólo llegaban á nosotros esos ruidos misteriosos y lejanos que pa-

recen aumentar la soledad, creíamos vivir ya la vida del espíritu y hablábamos en voz muy queda, como un susurro, no atreviéndonos á quebrantar el silencio que nos hacía figurarnos que estábamos los dos solos ante Dios...

»En cierta ocasión te pregunté el nombre de una estrella, la más brillante, la más pura del cielo; no sé por qué, me inspiraba inexplicable simpatía, y muchas veces la había mirado absorta, fascinada, como si hubiera una comunicación secreta entre ella y yo:—«Es Sirio»—me dijiste; desde entonces dejó la estrella de ser *mi*a, para ser *nuestra*, y *nuestro Sirio* nos miraba, *nuestro Sirio* parecía sonreír al vernos, *nuestro Sirio* estaba triste ó alegre, según nosotros estábamos... ¿Cómo es posible que haya acabado para siempre aquel amor, si una de sus páginas está escrita en el cielo y es eterna?... Aquellos astros que parpadeaban silenciosos cual si

DE LA SEMANA PASADA



pretendieran escuchar nuestras palabras, debían hablarte ahora como nos hablaban á los dos entonces, como á mi me hablan todavía... Ciertamente que ya no los ves reflejados en mis ojos; ¡hoy los verías temblar al reflejarse en mis lágrimas!

»Has sido muy cruel haciéndome entrever la felicidad, para no realizarla luego... pero no te odio; te quiero y te querré siempre, como sólo tú sabes que soy capaz de querer: como tú me enseñaste; con ese amor que inunda el alma, que la conmueve, que vive en ella y que, como ella, es eterno.

»Adiós, Luis, adiós: que seas con *ella* todo lo dichoso que yo deseaba hacerte; y sí, como me has dicho en cien ocasiones, sólo se siente verdadero cariño una vez en la vida, que sea á *ella* á quien adores, y sed felices vosotros, puesto que yo no he de serlo ya...»

M. ANGEL CALVO

—Pues, señor, con tanta vigilia, me he quedado como para que me receten un frasco de esos de «agitese antes de usarlo».

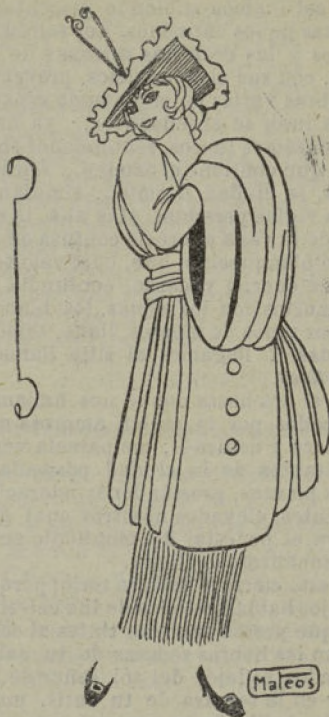
Sofía y su pájaro.

(CUENTO)

El pájaro de Sofía era un bonito jilguero, que, alegre siempre y parlero, cantando pasaba el día. Su dueña, en cierta ocasión (por supuesto, sin pensar), olvidóse de cerrar la puerta de la prisión. Y el pájaro, entusiasmado, tendió su vuelo al momento, posándose muy contento sobre el lomo de un tejado. Mas, ¡oh! desgracia; un gatazo taimado lo divisó, y al incauto estropeó de un descomunal zarpazo. Ella sintió gran dolor por el ataque brutal que dió el furioso animal al pájaro encantador. Y desde el infausto día en que ocurrió lo narrado, se halla en lamentable estado el pájaro de Sofía.

José M.^a PORTELA

UNA NOVEDAD



—¡Qué atrocidad! ¡Me ha dejado con la boca abierta!

MIS NOCTURNOS

La cuesta de los Gomerés nos vió subir unidos y enlazados, y el arco de la Puerta de las Granadas nos dejó paso abriéndonos el oasis de la Alhambra; á la izquierda, la cruz de piedra, al vernos pasar, extendió más abiertos sus blancos brazos en el fondo obscuro del ramaje, y ella sola fué testigo de nuestro pacto realizado en aquel primer banco, á la derecha del primer ribazo.

Promesas que son esperanzas y quién sabe si llegarán algún día á ser realidades; protestas de fe y de constancia, destellos de pasión y de entusiasmo, votos de creyente, sumisión de esclava, ceguera de ídolatra y vislumbres de iluminada, formaron el solemne *credo* dicho por la criatura, el ídolo ante el ara y en los ámbitos del templo sublime de la Naturaleza. Leve perfume de violetas, en vez del acre olor de incienso; aleteos de pájaros, susurros del aire, murmullos del agua y crujir de ramas y tallos, sustituyendo el órgano

de complicado mecanismo; y la nocturna obscuridad prestando recogimiento al acto, como bajo el crucero de gótico templo. Así fué.

Allí se enlazaron nuestras almas, inducidas por la avasalladora atracción de los cuerpos, como al impulso de las corrientes eléctricas—que son fuerza, aunque no sean músculos—, surge la chispa luminosa.

Pero al descender, ya prendidos en un solo pensamiento, y palpantes á unisono los corazones, y enlazados los brazos, rodando unidos los cuerpos que se prestaban mutua resistencia, cuesta abajo... como pájaros juntos tienden al vuelo buscando un nido único, la lámpara incandescente que rompía cruel el plano de sombras, nos despertó de aquel sonambulismo feliz, y al separarnos sentimos frío, como lo siente el paisaje cuando cae el sol en el crepúsculo de la tarde.

Como pareja de cabras trepadoras que triscan en el monte por vericuetos y vertientes, así íbamos subiendo placenteros las cuestras de los cármenes. Los solitarios callejones y las desiertas terrazas de los jardines, con sus altos edificios, proyectaban sombras varias en el plateado espacio donde la luna se enseñoreaba... ya arriba, descansamos juntos, sentándonos en el paredón que contiene el camino... A nuestros pies, la ciudad dormía... simulando las luces vigías perennes. Más allá, la extensión de la vega aparecía confusa en un solo tono blanquecino, que, cual velo tendido sobre cuerpo yacente, confundía los verdes saurios con los sepas, los blancos y rosáceos tonos de montes, llano, tejados y fachadas. Y llegamos al sitio llamado *Los Mártires*.

Desde el ara hasta donde nos hallamos —purificados por la pasión amorosa que engrandece y deifica—, me parecía ver á los habitantes de la ciudad postrada á nuestras plantas, prestándonos adoración de creyentes, elevados nosotros cual dioses sobre el pedestal del montículo en el templo anchuroso del llano.

Y era esto cierto, ó debiera serlo; porque en tus ojos había destellos de luz celestial —de la que presta azulados tintes al celaje—, y en las hebras sedosas de tu cabello, dorados reflejos del sol, señor de los astros, y en la tersura de tu cutis, mate del nardo, brillo de la azucena y carmín de la rosa; y en tus labios púrpura de la flor del granado y oriente de perlas en tus dientes, y en tu cuerpo líneas escultóricas de la forma praxitélica, y en tus contornos morbosidades de las bellezas circasianas, y en tus movimientos remedos de la gallardía helénica.

Y en la meseta aquella —altar que recuerda el martirio de dos *fieles* que en holocausto de una idea entregaron sus vidas con religioso fervor—; allí, el consorcio nuestro fué más santo, más puro, más infalible; porque lo ató la voluntad, lo impuso el deseo, lo sancionó la Naturaleza, lo presenció la luna —sacerdote sumo de la noche—, y se guardará en el sigilo misterioso de la soledad.

Ya no son las sombras de la Alhambra, ni el mirador fantástico de *Los Mártires*, escenario de nuestros coloquios y paraíso de nuestros deliquios; ya no subimos la cuesta cogidos el uno del otro para facili-

LA CASTIDAD ARTÍSTICA



—Oh, yo soy muy buena, muy fiel, muy honesta...

—Está bien, Luisita; pero para eso ya tengo á mi mujer.

tar el ascenso, ni las bajamos enlazados para prevenir la caída en la rápida pendiente... Ahora paseo solo en las noches oscuras sin fulgores de la luna, que se nubla, como mi felicidad, escondiéndose tras nubarrones negros preñados de agua que lloran copioso llanto, como los desencantos míos, preñados de amarguras, hinchándose, como mis ojos, con riego de lágrimas.

El *Paseo de los Tristes*, sobre la ribera poética del Darro, es mi templo; allí vago por la alameda y el jardinillo; de bruces sobre el *molecón*, oigo el rodar acompasado de la corriente, acompasado y monótono como el curso de mis días tristes y de mis noches solitarias; él me dice en susurro misterioso con hálito de rocío, que *todo pasa*, y me enseña, horadando las chinas de su lecho, que piedras son más blandas que corazones.

Allá arriba, torres de la Alhambra y árboles gigantescos de su bosque recortan más negras sus siluetas en el fondo oscuro del celaje, ofreciéndose á la vista y

á la memoria, cual edén perdido, al réprobo que mira el cielo desde el averno; alguna estrella brilladora, perforando el velo azul turquí me infunde esperanzas. Por fin éstas también se apagan y sólo el lucero vespertino conserva su luz incandescente —incandescente como la luz de tus ojos— á los destellos de tu fulgor, te veo, reproduciendo tu imagen en mi retina con tal fuerza, que, deslumbrado, me adormezco en éstas amoroso...

El sol naciente, besándome con ósculo abrasador, me despierta, y al volver á la realidad, siento que me faltas... te busco en vano, y vivo muriendo sin salir jamás del *Paseo de los Tristes*.

MARQUÉS DE PREMIO REAL

RIMA

Apareció en su palco. Suspendida, al mirarla quedó la concurrencia; los hombres, sus encantos ponderaron; las mujeres, su gusto y su riqueza. Grueso collar de perlas y brillantes adornaba su rubia cabellera, y encajes ricos y rizadas plumas daban vida á su espléndida belleza. —¡Pobre mujer! —me dije con gran pena. ¡Y pobre sociedad, que el vicio admite, cuando el vicio se encubre con la seda!

¡Luis GUILALTE

COLOFON

I

El sol que da sus lumbres á ese suelo, como ayer besara mi frente altiva, donde apenas la sombra fugitiva de un pasado cruel pone su velo, dirá la vida el himno del presente, ereeré ver una risa en cada boca, y en ansias de tu amor, la mía, loca, musitará tu nombre solamente. ¡Verte de nuevo!... En alas de esa idea, iré bajo la luna que blanquea, vibrante el alma, el corazón abierto, camino de la gloria de tu reja, cuando un indicio vago hará que muerto quede mi amor febril tras una queja.

II

Me dirán tu traición, y una resaca de mi sangre moruna hará que el vaso frágil del corazón sea un fracaso de diques resentidos. A una faca —plebeyez y pasión— diré mi pena, y esperaré anhelante su consejo.

Breve conminación será el reflejo de su hoja azul bajo la luna llena.

Y en el mismo lugar donde otra noche tremaste de pasión bajo mis besos, te esperaré, celoso de tu vida.

Creerás que soy el otro. Ni un reproche mi boca exhalará. Mis celos, presos, reirán con una risa impresentida...

Caerás bajo mi acero, y, como obsesos, querrán mis labios restañar tu herida.

N. HERNANDEZ LUQUERO

Los originales no premiados en el Concurso de novelas de *El Libro Popular* y aún no recogidos por sus autores, están á la disposición de éstos en las Oficinas de Ediciones «España», Santa Isabel, 45, hasta el día 30 de Abril, en cuya fecha se inutilizarán todos aquellos cuya devolución no haya sido solicitada con anterioridad.

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45. ||

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, memorias, circulares, facturas, cartas comerciales, etc., á precios económicos.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-masculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. || Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayo, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y corresponsales de España y América.